

De ciertas combinaciones que no se cumplen

(PREGÓN FERIA DEL LIBRO DEL OESTE DE CARACAS-UCAB 2018)

Silvio Mignano/Embajador de Italia

Cuando uno lleva tiempo sin volver a un sitio bien conocido, aunque sea la ciudad en la que nació y a la que está más acostumbrado, en la que ha vivido más largamente y en la que aún están sus hijos y su padre y hermanos y hasta el amor que tuvo firme durante muchos años (aunque ese lugar sea para él como el aire), llega un momento en que se le difumina y el recuerdo se le enturbia, como si la memoria se le viera aquejada de miopía y –cómo decirlo– de cinematografía: las diferentes épocas se le yuxtaponen y empieza a no saber del todo qué lugar dejó o de cuál salió la vez última, si del de su infancia o del de su juventud o del de su edad viril o ya madura, en la que el entorno pierde peso y a uno le cuesta admitir que en realidad le vale un rincón propio en casi cualquier parte del mundo.

Son palabras de Javier Marías, de *Veneno y sombra y adiós*, la última parte de esa asombrosa trilogía que se titula *Tu rostro mañana*, y que valga aquí también como homenaje mío a la literatura de España, país invitado de honor.

Cuando uno lleva tiempo sin volver a un sitio bien conocido, llega el momento en que se le difumina y enturbia el recuerdo, como si la memoria se le viera aquejada de miopía. En esta frase, o crisis de frases, se encarna la literatura. No le basta a la literatura querer contar algo, necesita que este algo –un lugar, un sitio bien conocido– haya sido perdido, no importa si definitivamente o por un tiempo, y que surja el deseo, casi físicamente doloroso, de recordarlo y describirlo y narrarlo, y sin embargo la memoria se ha enturbiado, ha adquirido miopía: es allí, en este punto, que nace la literatura, en esta miopía que transfigura la simple memoria y la transforma en algo diferente, en invención.

Se necesita distancia para narrar, se necesita aún mayor distancia para escribir poemas. Acabo de publicar en Italia mi quinta novela, hace literalmente pocos días, *El danzador inepto*, y es sobre Cuba, y yo he vivido en La Habana desde 1994 hasta 1998, y sin embargo la escribo tan sólo ahora, en este 2018. Suficiente distancia como para crear mi Habana, sin renunciar a la precisión casi maniática, al indicar por ejemplo si para ir de Calle San Ignacio a plaza Vieja se deban cruzar dos o tres cuadras, o si del Hotel Inglaterra a La Zanja se gire a la izquierda pasando por el retro del hotel.

Le debo ese amor a la exactitud topográfica a Vladimir Nabokov, quien en sus *Lecciones sobre la literatura* escribió, a propósito del *Ulises* de Joyce: «En cambio que perpetuar el pretencioso sin sentido de los títulos homéricos, cromáticos y viscerales de los capítulos, los instructores deberían preparar mapas de Dublín con los itinerarios de Bloom y Stephen perfectamente dibujados en sus interrelaciones. ¿Ustedes no donarían un litro de su flujo espinal para asistir a una lección como esta?».

Y sin embargo a la exactitud de la descripción, que es credibilidad, es seriedad del escritor, es lealtad con el lector, se yuxtapone la niebla de la distancia, la miopía que transfigura las imágenes en el mismo momento en el cual ellas flotan y vuelven a la memoria.

El lugar, aún exactamente descrito, *pierde peso* y adquiere esa calidad literaria de ligereza que es familiar de la miopía. Se hace lugar literario.

Asimismo, hace un año, en mi anterior libro, esta vez un poemario, *Los Viernes Santos*, publiqué un poema que le da el título a la colección y que habla de mis recuerdos de la fiesta del Viernes Santo en Obrajes, barrio de La Paz, en Bolivia, y de cómo años después en la sala de estar de mi madre, en el pequeño pueblo de Gaeta en la costa tirrénica de la Italia del sur, las imágenes de la celebración del Viernes Santo en el Coliseo de Roma, transmitidas por la televisión, me llevaron de Gaeta a Roma, de Roma a Obrajes, y a mi ausencia en ese lugar donde había vivido durante cuatro años.

Distancia, memoria exacta pero miope, ausencia: todo ello fue necesario para que yo escribiera algo sobre ese rincón de La Paz.

Distancia, memoria exacta pero miope, ausencia, o ausencias: agréguese a todo ello la nostalgia, o la añoranza, algo que es propio de los

nómadas, de quien se encuentra a vivir en lugares tan distintos uno de otro durante su vida: de los migrantes, sin dudas, como tantos paisanos míos que desde Italia vinieron a Venezuela, y como tantos venezolanos, lamentablemente, que hoy en día hacen lo mismo en muchos países de América Latina o del Norte, o de Europa.

“Ich stehe zwischen zwei Welten, bin ich in keiner daheim”, confiesa Tonio Kröger en el homónimo cuento de Thomas Mann, publicado en 1903: Yo estoy entre dos mundos, y no pertenezco a ninguno. Es la condición cada vez más frecuente en este presente nuestro, la condición en la cual he aprendido a vivir desde los diecisiete años, cuando dejé mi casa y mi pueblo en la orilla de un mar tibio, meridional, para ir a Roma a estudiar, y luego a dar vuelta al mundo, cada cuatro años en un nuevo país, cada cuatro años obligado a replegar mis cosas y mis recuerdos y mis amistades en mis maletas: sobre todo el paisaje, las calles que recorro diariamente para ir al trabajo, la certeza que en una glorieta debo girar a la izquierda, como Bloom o Stephen en el *Ulises* de Joyce, y luego a la derecha, y la seguridad que en la próxima cuadra encontraré la señora que vende marraquetas calientes y crujientes en una cesta de mimbre, sentada en el piso de una plaza de Obrajes, o veré ese grafiti de siempre en una pared de El Rosal en Chacao.

Esta es la nostalgia de *Los Viernes Santos*. Una palabra engañadora, que creemos llegarnos de la antigüedad clásica. Nostalgia – pensamos– es la que tiene Ulises, el de Homero, ya no el de Joyce, cuando se despierta una mañana después de siete años de prisión amorosa en la isla de Ogigia, rehén de la ninfa Calipso, y añora su Ítaca y a su esposa Penélope y a su hijo Telémaco.

Sin embargo, la palabra es moderna, creada en 1688 por el estudiante de medicina Johannes Hoffer, autor del libro *Disertación médica sobre la nostalgia*, publicado en Basilea (curioso, porque Basilea ha sido otro de mis mundo á la *Tonio Kröger*, un lugar que amo y donde he pasado unos de mis años más bellos). Hoffer tradujo con términos griegos la expresión francés *mal du pays* y aún más exactamente la alemana *Heimweh*, el dolor por la casa, que padecían los mercenarios suizos cuando iban al servicio del rey francés Luis XIV, *Le Roi Soleil*.

Sin embargo era necesario que llegara la literatura para dar vigencia completa a la palabra, que de otro modo se hubiera quedado en el

círculo de los especialistas de enfermedades psicológicas: tuvo que venir casi dos siglos después Charles Baudelaire, con su *J'ai longtemps habité sous de vastes portiques*, “Durante un largo tiempo he vivido bajo vastos portales”, en *La vie antérieure, La vida anterior*. En el poema se lee el recuerdo de una vida pasada y todo, absolutamente todo, tiende a la imposible tarea de curar *le secret douloureux que me faisait languir*, el secreto doloroso que me hacía languidecer.

El secreto doloroso de Baudelaire es probablemente la imposibilidad de una añoranza de algo que no se ha nunca poseído, de algo que aún no ha pasado, de un lugar donde no hemos vivido.

Eneas, el héroe epónimo del poema de Virgilio, es más moderno y complejo que el Ulises de Homero. Como él, viaja durante años a lo largo del Mediterráneo, y sin embargo ya no para volver a su casa, el sitio bien conocido de Javier Marías, Ítaca y la esposa Penélope. No: Eneas busca una tierra nueva, donde nunca ha estado, y una esposa nueva, que aún no ha encontrado, Lavinia, para unirse a la cual y generar la dinastía de Rómulo, el fundador de Roma, tiene que perder a su anterior esposa, Creúsa, dejándola en las llamas del incendio de Troya y repitiendo el gesto de Orfeo con Eurídice, y tiene que rechazar el amor de Dido, condenándola al suicidio que antecede la escena final de la *Butterfly* de Puccini.

Sin embargo (he ahí la modernidad de Virgilio, que sí antecede Joyce), ese futuro hacia el cual tiende Eneas ya ha ocurrido, es pasado: ya está escrito en la mente de los dioses y en este Hado que preside hasta a la vida de los númenes. Eneas habla de Hesperia, es decir Italia, y de Lavinia, como algo que ya existe y que ha conocido perfectamente, y entonces la suya es nostalgia, es añoranza.

*Era già l'ora che volge il disio
ai navicanti e 'ntenerisce il core
lo dì c'han detto ai dolci amici addio;
e che lo novo peregrin d'amore
punge, se ode squilla di lontano
che paia il giorno pianger che si more.*

Es el Dante de los seis versos iniciales del canto VIII del *Purgatorio*: Ya era la hora que lleva el *disio* / a los navegantes y les enternece el corazón / el día en que han dicho adiós a los amigos: / y que al nuevo peregrin de amor / le da punzada, si es que oye una campana de lejos / que parece llorar el día que muere.

No he traducido el término *disio*, y no lo hice de propósito: porque no es sola y simplemente el *deseo* español, sino también añoranza, nostalgia, pero ya no solamente de cosas perdidas sino también de algo que nos falta y que aún no tenemos: la nostalgia de un lugar donde todavía no hemos estado.

Es un tema que he puesto en muchos poemas, por ejemplo este, del libro publicado el año pasado en Italia:

De ciertas combinaciones que no se cumplen

Escribo los primeros versos por convención, o escrúpulo,
consciente de que será sólo en el quinto o el sexto
que se dará la batalla, y estos
se cancelarán, y se reensamblará el todo.
Se hablará de ciertas pinceladas de cerúleo
embadurnadas con blanco zinc, que delinean
el contorno de un caserío color tierra de ocre,
y de cómo las personas que allí viven, que nos ignoran,
tan ajenas a nosotros como la fauna de otros mundos,
nos observan pasar en nuestro tren regional,
y de la idea que nos hacemos de un hipotético futuro,
si descendiéramos aquí, si nos conociéramos,
si, en fin, no fuéramos viajeros y espectadores.
Luego se abre de par en par la puerta de un compartimiento
y sale una muchacha alta, que navega
como mascarón hendiendo un océano imaginario,
y nos callamos todos, bajando los ojos,
esperando haber errado tiempos y lugares:
haber estado sentados junto a ella, hasta ahora.

¿Es una cura la poesía, es una cura la literatura? ¿Es una cura a la nostalgia del pasado y a la de un futuro que no hemos nunca tenido, al hecho de ser viajeros y espectadores y ya no habitantes de un hipotético tiempo o lugar? No creo que lo sea, no creo que la literatura sea una cura para ninguna enfermedad, del cuerpo como del espíritu. No creo que sea esta su función.

Sin embargo es cierto que sin literatura viviríamos peor de cómo vivimos. Y entonces, sí, la literatura y los libros sirven a algo, aunque no sea fácil definir a qué cosa.

Uno de los más grandes poetas vivos, el venezolano Igor Barreto, publicó hace un año un libro que aconsejo a todos leer. Se titula *El muro de Mandelshtam* y cuenta de la vez que el poeta ruso vivió en un barrio de Caracas, en particular en el Ojo de Agua, y en el medio de muchos migrantes italianos, que “no leían al Dante. Ellos pasaban las horas enterándose de su lejano país en un diario de pocas páginas llamado *La Voce d’Italia*”.

Barreto no finge que Mandelstam haya vivido en Caracas, no hace una referencia surrealista ni provocadora ni de citación culta; Barreto es un poeta (como el propio Mandelshtam), y entonces cuenta de cuando Mandelshtam *vivió* en un barrio de Caracas: hacer que el lector se convenza de esto es parte del genio del creador de literatura, así como encontrar las coordenadas que unen el tiempo y el espacio de Mandelshtam y el tiempo y el espacio del Ojo de Agua, aunque nuestra parte racional intente decirnos que no existe ningún punto de encuentro entre ellas, que Mandelstam nunca vivió en Caracas, murió en 1938 en un campo de prisión cerca de Vladivostok. ¿Esto nos sirve para curar ciertas heridas individuales y sociales? No, los barrios siguen como son, con la historia de la vez que Mandelshtam vivió en uno de ellos o sin esa historia: sin embargo cuando la presencia de Mandelshtam en Caracas se transforma en hecho poético nos ofrece posibilidades infinitas que sin su libro no existieran. Y es así que podemos entenderlo, leyéndolo directamente:

Mandelshtam es un animal
en el centro de un círculo
que unos hombres han hecho armándose con palos.
Es el poste de luz que en esa esquina
tiene la cúpula apagada
por una lámpara rota,
peligrosamente cortante.
No olvidemos que el poeta
es un factor potencial
en la dinámica
iluminatoria.
Mandelshtam es la vereda con escalones,
un venenoso pasadizo de obreros

y de “algunas” dispuestas a todo.
Fue también un hombre
dentro de una bolsa negra de plástico:
cara de rata y cola de rata,
un malandro tibio que tal vez resulte
el único hermano de Filippo el Árabe.
Porque todo Mandelshtam provoca en mí
un miedo básico,
la visión de un extraño monumento.
Aún más en este país
donde la ternura
es una frecuente dificultad.

El poeta es un factor potencial en la dinámica iluminatoria: esta me parece la definición más acertada, o por lo menos más creíble que otras que se han dado durante los siglos y que oscilan entre la gloria cargada de retórica y el desprecio hacia lo inútil. Esto es el poeta, esto es Mandelshtam en el libro de Igor Barreto, que como otras grandes voces de este país, como Rafael Cadenas o Yolanda Pantin, no nos cura de ninguna enfermedad ni nos da la receta para mejorar la sociedad: sin embargo sin ellos nos faltaría algo, nos faltaría mucho, hasta una vereda con escalones, que es algo en el cual un poeta puede transformarse.

Otro grande de la poesía mundial, otro gran venezolano, Rafael Cadenas, recién ganador del Premio Reina Sofía y homenajeado especial de esta feria, escribe:

Aquí se vuelve a oír el viento.
Pasa entre los edificios, mece
los pinos, hiela el autocine.
Morador de ninguna parte,
no puedo decirte: *sé tú, fiero espíritu,*
mi espíritu.
Sólo hay una espera
en la noche,
pero nadie tiene el ímpetu para hablarte
como en los tiempos del entusiasmo.
Eres lo que eres, una voz solitaria
que resuena en los aledaños de las ciudades.

Las palabras que te dirigían también pasaron
como las alucinantes hojas.
Éste es otro mundo, no hay dirección.
El viento, cuando azota,
golpea en el caos.

¿Ven? Morador de ninguna parte: se vuelve a la ausencia, a añorar un lugar, una morada. El poeta es voz solitaria, pero no deja de hablar a los demás, aunque ya no sean los tiempos del entusiasmo. Éste es otro mundo, nos dice Rafael Cadenas, y en su voz resuena, como alucinantes hojas, la voz de Tonio Kröger.

¿Qué hacer entonces cuando el viento, azotando, golpea en el caos? Yo sigo leyendo, mucho, todos los días, y sigo escribiendo, algo, metódicamente, todos los días. No puedo vivir sin ambas actividades. Declaro públicamente mi amor y mi enfermedad por el libro y por la literatura. Leyendo me encuentro cada día en compañía de almas generosas que me dejaron miles de páginas, escritas para todos, y entonces también para mí. Escribiendo, intento dar a los demás mundos a crear en sus mentes.

Sin embargo, sé que quedan siempre combinaciones que no se cumplen, y en ellas habitan mis maletas donde repliego mis paisajes, yacen mis países que debo abandonar, viven mis niños que no veo desde hace meses y cuya ausencia es mi *secret douloureux que me fait languir*. Allí se encuentra el *disio* de Dante, la nostalgia por algo que nunca he tenido y probablemente nunca tendré.

Y que entonces, con la miopía del escritor y del poeta, entrecerrando los ojos, intento crear, si es que no puedo recordarlo.

Caracas, 26 de noviembre de 2018